



Soledad Puértolas
El clarinetista
agradecido



Clínica
Universidad
de Navarra

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2008 Soledad Puértolas Villanueva

© Para esta edición:
Clínica Universidad de Navarra.
Avenida Pío XII, 36
31008 Pamplona, Navarra, España.
www.cun.es

Ilustración de cubierta: Alberto Aragón.

Dep. Legal: NA 3955/2008

EDICIÓN NO VENAL



©Jerry Bauer

La autora

Soledad Puértolas Villanueva, (Zaragoza, 1947) publicó su primera novela en 1979 y sigue escribiendo. Cartas, artículos, relatos, novelas, incluso poemas, que aún no se ha decidido a publicar. Vive en Pozuelo de Alarcón, está casada y tiene dos hijos. Guarda en un lugar especial de su memoria los veranos pasados en Pamplona, la ciudad de su madre, y espera la llegada del verano para contemplar el mar que se encierra en una ría gallega. Ha ganado el Premio Planeta (Queda la noche, 1989) y el Anagrama de ensayo (La vida oculta, 1993). Su última novela es Cielo Nocturno, publicada por Ana-grama en 2008.

SOLEDAD PUÉRTOLAS

El clarinetista agradecido



Clínica Universidad de Navarra

Índice

Introducción y agradecimientos	6
El clarinetista agradecido	10
Historia clínica	46
Sobre la colección	48
Colección Historias de la Clínica	49

Introducción y agradecimientos

Cuando me puse a escribir este relato, basado en un caso clínico real -un trasplante de hígado entre vivos-, en el que están involucradas personas de carne y hueso, con sus nombres y apellidos, en seguida comprendí que, antes de nada, debería de contar con su permiso para tratarlas como personajes de ficción, porque este relato es una recreación de unos hechos que yo no viví. Para poder acercarme a ellos, he tenido que recurrir a personajes totalmente inventados, de forma que el resultado final es medio ficción, medio crónica. Una ficción que ha querido ser respetuosa con la verdad de los hechos que, como no puede ser de otra manera, se me escapa.

El relato está narrado por un personaje, una mujer, cuyo nombre no aparece no es necesario y que es enteramente de mi responsabilidad. La madre de esta mujer, lógicamente, también pertenece a la ficción. Dado que no tuve la oportunidad de conocer en persona a la donante -sobrina de Joaquín Maritorea, el receptor - he preferido recurrir, en su caso, a un personaje también inventado, a quien le he dado el nombre de Clara, si bien he mantenido el apellido para ser fiel a los hechos y reflejar el grado de parentesco de la donante con el receptor. La sobrina, que rechaza todo protagonismo, lo que es absolutamente respetable -incluso cuenta con mi simpatía-, es esencial en el relato. Es, sin duda, uno de los personajes principales. Tenía que estar aquí. Me pareció que la forma más honesta de hablar sobre alguien a quien no se conoce era crear, inventar el personaje. Y advertirlo, naturalmente. Por lo demás, Joaquín, los médicos, las enfermeras, las circunstancias de todos ellos, los procedimientos, son todos reales.

Como me ha parecido necesario que el relato venga precedido por estas palabras introductorias, no me parece oportuno dejar los agradecimientos para el final, porque están en la base misma de la narración. Joaquín Maritorena, su hija Amaia, su yerno, su cuñada, me recibieron y atendieron en su piso de la calle Mercaderes con una afabilidad y disponibilidad que tenía mucho de emocionante. Los médicos con quienes me entrevisté de forma personal - el doctor José Ignacio Herrero Santos, los cirujanos, Fernando Pardo Sánchez y Fernando Rotellar Sastre -, me proporcionaron toda la información que les pedí y quiero subrayar el ambiente de cercanía y confianza que se estableció de inmediato con ellos. El doctor Bruno Sangro Gómez-Acebo tuvo la amabilidad de llamarme por teléfono para transmitirme su impresión médica y humana sobre el caso. Blanca Larrea, la supervisora de enfermería, fue abierta y cálida. A todos ellos, muchas gracias.

Quiero destacar de forma muy especial la ayuda que ha supuesto para mí Jesús Zorrilla, di-

rector del departamento de Comunicación de la Clínica. La prontitud y eficiencia con que he recibido sus respuestas a las preguntas que le he ido haciendo mientras escribía el relato son sencillamente asombrosas. De nuevo, muchas gracias a todos.

Pozuelo de Alarcón, 1 de diciembre de 2008.

El clarinetista agradecido

ALGO hizo que la mirara, a pesar de que era una mujer completamente normal, una más de las muchas mujeres que recorren con aire inquieto, desorientado, los pasillos de los hospitales. Otras, no. Hay mujeres, y hombres, desde luego, que parecen saber exactamente adónde van y, por supuesto, de dónde vienen. La mayoría de los pobladores de los hospitales son como los primeros, gente perdida, desorientada. El hospital les viene grande, la vida se les ha caído un poco encima y han tenido que delegar en otros, en los médicos, las enfermeras, las mismas camas, paredes, instrumentos y muebles del hospital, parte de sus responsabilidades. No saben bien cuál es su papel aquí. El hijo, la hermana, el marido, la madre, están en los cuartos del hospital, fuera de su control, en otras manos. Y ellos, los familiares, deben confiar. No tienen más remedio, es algo que se imponen a sí mis-

mos. Ese esfuerzo de la voluntad les confiere un aire un poco fantasmal. Sus miradas no se detienen, las han fijado en un punto invisible.

La Clínica es distinta a todos los hospitales que, por una u otra razón, he conocido. Aquí todo parece dirigido a que nadie se sienta perdido, desasistido. Ves a enfermeras perfectamente uniformadas por todas partes, desde la entrada. En el amplio hall de las consultas, las secretarías están detrás de sus mesas, en línea, y se ocupan de que el paciente y sus familiares sepan en todo momento a dónde dirigirse. Hay como un permanente esfuerzo porque todo esté en su sitio, bajo control. Luz y claridad por todas partes. Una limpieza absoluta, casi irreal.

Desde la caja registradora de la tienda veo pasar a muchas, innumerables personas, cada día. En esta mañana medio nublada de otoño, veo cómo la gente se desabrocha las gabardinas y los chaquetones al atravesar el umbral de la puerta. Las paredes de la librería son de cristal y me permiten sentirme parte de la Clínica. Pero éste es mi mundo, el de los libros, peque-

ños objetos de regalo, sobre todo, para los niños ingresados o para las madres que han dado a luz, recuerdos, jerseys, camisetas, bolígrafos, corbatas, pañuelos de señora, con el sello de la Universidad de Navarra. También hay libros de contenido religioso y rosarios.

Hay ratos en los que la tienda está llena de gente, como si todos se hubieran puesto de acuerdo para comprar a la vez. Cuando veo que delante de la caja se forma una pequeña cola, me pongo nerviosa. Nunca me ha gustado hacerme esperar. También hay ratos vacíos, sin nadie alrededor. Entonces anoto cosas en mi cuaderno, como he hecho siempre. Este es un buen punto de observación. Por aquí deben de desfilan muchas historias. Hay historias en todas partes, pero las que deambulan por aquí tienen un aspecto dramático, tratan sobre la lucha contra las limitaciones del cuerpo. Yo eso lo entiendo muy bien. Fui una niña muy enfermiza. Aún soy una mujer enfermiza. En cierto modo, eso me ha llevado de aquí para allá, probando muchos trabajos. A ver qué pasa

con éste. Es una prueba más. Literalmente, lo es. Estoy aquí de prueba. Así se ha planteado y me parece bien. Yo misma, dentro de unos meses, en el caso de ser aceptada, tomaré mi propia decisión. Tengo ese tiempo por delante para probarme a mí misma, una vez más.

Este trabajo, este punto concreto en el que me encuentro, me permite observar a los demás. Observar la vida, eso es importante para mí. Me permite seguir anotando cosas en mi cuaderno. Cosas que seguramente a otras personas les parecerían absurdas, pero yo sé que en algún momento servirán para algo y ese algo supone mucho para mí. Le da sentido a todo.

A la chica que acaba de pasar por delante de la tienda la he visto ya un par de veces. Lleva uno de esos chaquetones un poco almohadillados, pantalones de color gris, zapatos bajos con aspecto de cómodos. Tiene el pelo castaño oscuro, lo lleva suelto. Aunque es perfectamente normal, una mujer de unos treinta años casi anodina, como muchas otras, tiene algo que me ha hecho fijarme en ella. Sí, me he fijado

en ella precisamente por eso, por ser tan normal. Esta mujer es un prototipo. Me fascinan los prototipos, las personas que engloban, que resumen a otras. Es como si, sin saberlo, sin ser en absoluto conscientes de ello, estuvieran exhibiendo, mostrando al mundo, verdades esenciales. Hay muchas formas de ser. No es fácil definir las, pero, de pronto, las ves. Eso es lo que nos llama la atención de una persona, ¿a quién se parece?, ¿a quién me recuerda? Bueno, ésta es la clase de preguntas que me hago desde pequeña. Por eso empecé a anotar cosas, datos que me permitieran ir sabiendo, o adivinando, cómo son las personas.

La tercera vez que vi pasar por el vestíbulo a la chica sumamente normal pedí al cielo que se le ocurriera entrar en la librería. Necesitaba verla de cerca. No necesité pedirlo mucho. A pesar de que había pasado de largo, algo me decía que iba a entrar. No me equivoqué. Algunas veces, cuando la intuición no me falla, me digo que debo confiar más en mí misma, en lo que soy en el fondo de todo, más allá de lo que

parezco, de lo que ven los demás. Sí, la chica retrocedió. Volvió sobre sus pasos y entró en la librería.

La miré con disimulo. No es de las que soportan que las miren de frente, no quiere ser observada, escudriñada. Su ideal es pasar desapercibida. Pero a mí deberían de contratarme como detective, soy una observadora de lo más discreta. Miro sin levantar la mirada, por el rabillo del ojo. Un poco también a través de los párpados, lo crean o no. ¿Qué iría a comprar la chica? Ahí, lo reconozco, estaba totalmente perdida, ¿qué compran las mujeres perfectamente normales de treinta años? Postales, ésa era la respuesta. Las buscó y no las encontró, de forma que se acercó a la caja y me lo preguntó:

—¿No tienen postales?

—Claro —dije, y le señalé el expositor, a mi derecha.

Entiendo muy bien que la gente que entra en una tienda no encuentre lo que busca. Hay muchas cosas por medio. La chica asintió, mur-

muró un ‘gracias’ casi imperceptible, y, tras dar unas cuantas vueltas al expositor, se decidió por dos postales de Pamplona vista desde abajo, encerrada en las murallas, dos de la Plaza de Castillo, una que, la verdad, no logré saber de qué parte de Pamplona era —no sé qué calles serían, podían ser las de cualquier ciudad—, y otra con la imagen de la Virgen del Amor Hermoso, una ermita que pertenece al campus universitario.

—¿Necesita sobres? —le pregunté para prolongar un poco el tiempo de observación.

—No —dijo.

Hurgó en su bolso, sacó un monedero de piel oscura y contó despacio las monedas. Tenía mucho cambio y, evidentemente, quería deshacerse de él. A los cajeros nos viene muy bien el cambio, así que esperé con paciencia. La mujer contaba despacio, sin alterarse lo más mínimo. Nadie la presionaba, ni yo ni alguien que estuviera detrás de ella esperando su turno. Pero ella era así, actuaría con esa calma de todos modos. Admirable. Eso era exactamente lo que

yo esperaba de ella. De pronto, se encendió una luz en el fondo de mi cabeza. Clara Maritorena. Me arriesgué:

—¿Eres Clara Maritorena?, no sé si te acuerdas de mí.

Entonces ella me miró y me vio —antes de ese momento no me había visto, ni siquiera cuando me había preguntado si teníamos postales—, y comprendí que había dado en la diana. Para algo me sirve ser tan observadora. Era Clara y se acordaba de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Me están haciendo unas pruebas —murmuró.

Supe que no debía seguir preguntando. Estábamos en una clínica, la gente no tiene por qué ir dando explicaciones a todo el que le pregunte qué hace allí. Existe eso que se llama privacidad.

—Espero que todo vaya bien —le dije, y traté de utilizar un tono desenvuelto, casi indife-

rente, como quien deja ya el asunto zanjado.

Me fijé en la alianza de oro que brillaba en su anular derecho.

—¿Estás casada? —le pregunté—. Yo sigo soltera. Y ningún compromiso a la vista, así están las cosas — dije, medio sonriendo.

—Me casé el año pasado —dijo Clara.

—¿Tienes hijos?

—No, todavía no.

Había guardado las postales y el monedero en el bolso.

—Si vuelves por aquí, pasa a verme —dije.

—Sí —dijo—. Tengo que volver.

Y se despidió.

CLARA Maritorena. No había cambiado nada en absoluto. No sé por qué había necesitado verla tres veces antes de poder reconocerla. Por el contexto, claro. Creemos que las personas que hemos conocido en el pasado permanecen

ligadas al lugar donde se produjo el encuentro, como si pertenecieran a él. Sobre todo, las personas de nuestra infancia. Pero todos acabamos por separarnos de la infancia, todos emprendemos nuestros propios caminos de adultos.

Para mí, Clara pertenecía al Instituto de Cuatrovientos, donde habían transcurrido tantos años de mi vida. No había sido amiga mía, tampoco enemiga. Estaba siempre ahí, pero era un poco invisible. No hablaba mucho, no había en ella nada que la hiciera destacable. Era una presencia inofensiva, casi benigna. Éramos de la misma edad. La década de los treinta no había hecho sino empezar para nosotras. Se había casado. Sin duda, muchas de mis antiguas compañeras de instituto ya estaban casadas. Sus vidas estaban encauzadas.

Me olvidé de aquel encuentro. Tenía muchas cosas interesantes delante de mí como para desear perderme por los vericuetos del pasado. Había transcurrido más o menos una

semana desde que Clara comprara las postales cuando la vi en la puerta principal de la Clínica, apoyada contra una de las columnas de la entrada. El cuello del abrigo levantado. Pensativa. Aún faltaba un rato para que mi horario de trabajo se iniciara. Me acerqué a ella y le propuse que, si tenía tiempo, podíamos tomar un café. En cierto modo, esperaba que me dijera que no — Clara nunca había sido muy expansiva y el momento no parecía muy oportuno —, pero me dijo que sí.

Sentadas a la barra de la cafetería, Clara me lo contó un poco a regañadientes, como si quisiera quitarle toda importancia al asunto: se estaba preparando para una operación, iba a donar parte de su hígado a un tío suyo, Joaquín Maritorenna, el clarinetista de La Pamplonesa. Su tío era viudo, me dijo, sus primas -Amaia y Maite-, a quienes yo no conocía porque no habían estudiado en el Instituto de Cuatrovientos sino en las Dominicas de la calle Jarauta, no eran compatibles con el padre y, como se trataba de un trasplante entre vivos, Clara se había

ofrecido a donar parte de su hígado. El 60% de su hígado. Ni más ni menos, pensé, pese a que Clara había pronunciado la cifra como si le faltara uno de los números. El hígado se regenera muy pronto en el donante vivo, añadió Clara. Por eso acudía a la Clínica, tenían que hacerle, antes de darle el visto bueno para la operación, muchas pruebas. Me enseñó el papel donde estaban enumeradas. Leí: evaluación psiquiátrica, analítica completa, ecografía abdominal, TAC, resonancia magnética, estudio cardiológico con radiografía de tórax y electrocardiograma, valoración del departamento de Anestesia, biopsia hepática — lo que representaba un día de ingreso —, además de cuatro sesiones de donación de sangre por si había que acudir a la autotransfusión en el sangrado operatorio. Me estremecí.

Pero Clara no parecía muy alterada. Se diría que la molestia principal de todo el asunto era el desplazamiento y la incomodidad que suponían todas aquellas visitas a la Clínica.

Aquel café duró muy poco. Clara ni siquiera tomó café. Sólo pidió un vaso de agua. ¿En qué estaría pensando cuando estaba apoyada en la columna de la entrada?, ¿en qué pensaba ahora, mientras estaba conmigo, si es que pensaba en algo, y me hablaba despacio, con frases cortas, medio abstraída? Pero Clara siempre había sido así, estaba a tu lado y era como si estuviera en otra parte, ¿qué parte?

A lo largo de la mañana, de nuevo en la librería, pensé mucho en ella. No podía quitármela de la cabeza. En el instituto, todos sabíamos que era sobrina de Joaquín Maritorena, el clarinetista. Ahora, ese rasgo que tanto le distinguía ante los demás, iba a suponer un nuevo y mucho más fuerte vínculo con su tío.

Por la noche, en la diaria conversación telefónica con mi madre —no pasa un día sin que suene el teléfono y surja la voz de mi madre, siempre a la misma hora—, le hablé de Clara y de su tío, el clarinetista. Mi madre siempre ha sido muy aficionada a la música popular. Es la

música que siempre tararea cuando está contenta mientras hace las labores de la casa.

—¡Joaquín Maritorena!—exclamó.

A mi madre le encantan los nombres propios. Conforman un catálogo de la gente que conoce, de ese mundo tan lleno de historias que la rodea por todas partes y que le da innumerables motivos para interesarse por la vida. Me hizo un panegírico del clarinetista, qué hombre más amable, qué educado. Muy discreto, y un músico excelente, vocacional. Uno de esos músicos que, lo ves en seguida, sienten verdadera pasión por lo que hacen. Joaquín Maritorena tocaba el clarinete con el alma, con el corazón, con todo su ser. Tuvo la desgracia de quedarse viudo muy pronto. Mi madre se acordaba perfectamente de la mujer.

—Se llamaba María Socorro —dice—, una mujer de muy buena planta, creo que su hermana es miembro del Instituto Secular Vita et Pax, me parece, y que se ocupa mucho de ellos.

Tenía otra hermana, que también murió, no sé si de un cáncer. Sí, ha tenido esas desgracias. Pero las hijas se desviven por él, son muy guapas también. Es una familia muy unida, muy de ayudarse unos a otros, en eso, es verdad, ha tenido suerte, no se quedó solo. Y tiene un grupo de amigos católicos, ya sabes, un grupo de matrimonios, creo, de éstos que se reúnen para rezar y que hacen retiros en el monasterio de Alzuza, con las Benedictinas.

“Es una gente muy especial, muy familiar, muy religiosa. Joaquín Maritorea, sí... Una de esas personas que, no sé, son especiales. Una buena persona —dictamina— ¡Cuántas veces le he escuchado tocar ‘Jerusalén’!, ¡y el ‘Asombro de Damasco’! Esa pieza me encantaba. Qué pruebas te da la vida. De la sobrina no me acuerdo, la verdad, debe de ser hija de uno de sus hermanos. Eran cinco, me parece. No sé si los cinco seguirán vivos. Tiene mérito, ¿no dices que la operación tiene riesgo? Hoy en día se ha adelantado mucho en eso, pero no sé, debe de ser una chica muy generosa”.

Mi madre lo mezcla todo, las desgracias, las alegrías, la espiritualidad y los pasodobles, en su discurso salpicado de “ya sabes”, “creo”, exclamaciones, dudas.

Le digo a mi madre que tengo la impresión de que Clara se ha ofrecido a ser la donante como si fuera una hija más de su tío, una hermana de sus primas.

—Sí, seguro —dice mi madre— En esa familia todos son así.

Mi madre lo dice en tono de aprobación, de admiración. Con cierta perplejidad.

NO vuelvo a ver a Clara. Un día se me ocurre preguntarle por ella a Blanca Larrea, una enfermera del hospital que visita mucho la librería con el fin, sobre todo, de realizar encargos de algún paciente, recuerdoscamisetas, jerseysque lleven el anagrama de la Universidad de Navarra. Debe de ser gente a quien no le dio

tiempo de llevarse un recuerdo o que simplemente, cuando fue dada de alta, no se le ocurrió hacerlo. Así que a veces les piden a las enfermeras o a algún otro empleado de la Clínica que les envíen esto o lo otro.

Blanca es supervisora de enfermería y debe de tener algo más de cuarenta años. Está casada y tiene dos hijas veinteañeras, Leyre y María. Conozco sus nombres porque habla mucho de ellas. Hasta conozco la música que les gusta a las hijas, que también le gusta a la madre. Las tres son fans de La Oreja de Van Gogh. Blanca es rubia, delgada y su sonrisa es muy dulce, llena de vida. Como es muy deportista — es andarina y practica el *spinning* en un gimnasio — y tiene un aire muy juvenil, al lado de sus hijas debe de parecer más una hermana más que su madre. Por las noches, antes de dormir, hace sudokus. Yo también los hice durante un tiempo.

Blanca es una mujer que emana una especie de calma, casi de felicidad.

—La operación fue ayer —me dice— Todo salió muy bien.

—Clara fue compañera mía en el instituto, pero nunca la llegué a conocer mucho.

—No quiere ningún protagonismo —dice Blanca—. Considera que está haciendo lo que tiene que hacer, le parece lo normal.

—Pero se trata de su tío, debe de ser una operación peligrosa, algo que sólo harías por un hijo, eso sí, sin dudar, también por un marido, pero antes de nada por un hijo.

Blanca asiente.

—Sí, a todos nos ha sorprendido su actitud —dice—. Puedes morir, muere un paciente de cada 300. Bueno, es un riesgo. De hecho, los padres suelen negarse a que sus hijos sean los donantes. Más aún, en los casos de etanol, claro. Pero esto era otra cosa, era un carcinoma... ¿Quieres hacerle una visita? —pregunta.

Me digo: etanol debe de ser sinónimo de alcoholismo. Y comprendo perfectamente que los padres alcohólicos se nieguen a aceptar el sacrificio de sus hijos.

—No quisiera molestarla— digo.

—A todos los pacientes les gusta que les visiten, dice Blanca.

Sigo a Blanca por los pasillos de la Clínica. Qué orden, pienso, qué limpieza. El mismo uniforme de Blanca parece recién planchado. No puedo por menos de mirarme a mí misma y preguntarme si voy adecuadamente vestida para visitar a un paciente.

Nos lavamos las manos con gel desinfectante. Hay un expendedor a un lado de la puerta. Entramos.

Clara nos mira desde su cama de hospital. Está muy pálida. El camisón, de color beige, y, sin duda, igual al de todos los pacientes de la Clínica, tiene más color que ella.

—Ya sé que todo ha salido muy bien —digo, torpemente—, ¿cómo te encuentras?

—Bien —dice.

—Pero ha sido una operación muy larga —digo—, muy complicada.

—Tiene una cicatriz de 30 centímetros — dice Blanca.

Clara nos mira con cierta impasibilidad, como diciendo, ¿por qué le dais tanta importancia a todo eso? Ya es agua pasada.

Le pregunto si necesita algo, ya sea algo de leer o, no sé, lo que sea, no se me ocurre qué.

—Estoy muy bien atendida— dice—. Todos están pendientes de mí.

—No le han dado puntos —me informa Blanca—, sólo le han puesto grapas. Dentro de un par de meses, la cicatriz casi ni se notará.

—La habitación es estupenda —digo.

Por la forma en que Clara asiente — como excusándose: bueno, yo no tengo la culpa —, me da la impresión de que cualquier habitación le parecería estupenda, que ella no necesita tanto.

Tengo una duda que me gustaría resolver. ¿Envió Clara las postales que compró en la tienda?, ¿a quién las remitió?, ¿qué escribió en ellas?

Sé que aquí hay una clave. No sé de qué. La vida, a veces, te da respuestas. Otras, no.

No me imagino a Clara escribiendo postales.

—¿Enviaste las postales que compraste en la tienda?—le pregunto, y sé que es una pregunta algo impertinente, ¿a qué viene esta curiosidad?, ¿qué me importa a mí si las envió o no?

—¿Enviarlas?—dice, impasible, Clara—. No, es que las colecciono.

¿Dos de cada una?, me pregunto. Y me acuerdo de las dos postales no repetidas que compró, la de las calles que podían ser de cualquier ciudad y la de la Virgen del Amor Hermoso. Sin fundamento alguno —pura especulación—, esto es lo que pienso: que Clara compró estas postales sólo para ella y que las otras, las repetidas, puede que las envíe alguna vez.

En la puerta de la habitación, volvemos a frotarnos las manos con el gel desinfectante.

Una joven rubia y guapa avanza por el pasillo.

—Es Amaia —me informa Blanca—, una de las hijas de Joaquín.

Se detiene un momento para hablar con nosotras. Está tan pálida como su prima. Me asombra la forma tan precisa en la que se expresa.

Le digo que soy compañera de clase de su prima. Las dos estudiamos en Cuatrovientos, le informo. Luego le pregunto cómo está su padre.

—Aún no puedo verle —dice—. Está aislado. Pero sé que está bien.

Blanca asiente.

—No hace sino dar las gracias —sonríe.

Nos despedimos de Amaia. Blanca me acompaña hasta el ascensor.

—¿Amaia trabaja? —le pregunto a Blanca.

Algo en ella ha empujado mi imaginación, no sé bien hacia dónde.

—Tiene un empleo relacionado con acción social. Inmigrantes, gitanos, creo, grupos sociales minoritarios, en todo caso.

Me digo que sí, que eso casa con lo que había presentado.

—¿Cómo es Joaquín Maritorea? —le pregunto.

Dice:

—Joaquín es un hombre muy amable, muy discreto, muy educado. Una buena persona — resume.

JOAQUÍN Maritorea. El clarinetista de La Pamplonesa, la banda musical de las fiestas de San Fermín. Las dianas, el riau-riau. Una buena persona, ha dicho Blanca Larrea. Lo mismo dijo mi madre. El médico que lo atiende es el doctor Bruno Sangro, a quien conozco porque un día entró en la librería y me preguntó si tenía algo de Borges. Se lo podía encargar, le dije, lamentando profundamente que Borges no anduviera por ahí. No pasa nada, dijo el doctor, lo puedo conseguir en mi librería de siempre, simplemente se me ha ocurrido ahora, al pasar.

El doctor Sangro es alto y delgado, tiene un gran bigote y cierto aire italiano. Sin embargo, es madrileño. Está casado, su mujer es arqueóloga. Tienen tres hijos, dos chicas y un chico. Adolescentes. Es un hombre muy agradable. Cuando me preguntó lo de Borges me dieron ganas de sacar temas de conversación —literaria— y charlar un rato con él, pero, naturalmente, fui discreta. Los doctores no andan bien de tiempo. Parece que el doctor Sangro es pionero en el tratamiento de microesferas, que se le aplicó a Joaquín Maritorea antes de la operación para ver si el tumor que se le había detectado se podía reducir para luego proceder a la operación.

El doctor que atendió a Clara —al receptor le atiende un médico y al donante otro, para no interferir, su obsesión es que el donante no se sienta presionado— es José Ignacio Herrero, a quien también conozco, porque alguna vez se ha comprado un bestseller, no un bestseller cualquiera, sino un libro que no estaba nada

mal. Yo también lo había leído. Por mucho que me esfuerzo, no puedo recordar el título.

Cuando el doctor Herrero se acercó a la caja para pagarlo, me concedí la licencia de comentarle que iba a pasar un buen rato leyéndolo. Me miró con unos ojos transparentes, algo verdosos. Le dije:

—Soy aficionada a la novela policiaca.

No sé qué me hizo decirlo. Pero esos ojos me habían mirado de una manera tan directa que me vi empujada a hacer una confesión. Me habían traspasado. Imagino que sus pacientes no pueden mentirle, si es que se les ocurre la peregrina idea de hacerlo. Éste es un hombre que detecta la verdad. Está casado con una médica especializada en Digestivo y que también trabaja en la Clínica. Tienen dos hijos pequeños. Es de Santurce.

Cuando le hice la confesión de que me gustaban las novelas policiacas, volvió a clavarme sus ojos transparentes y sonrió con ellos, no con los labios.

—La novela negra —dijo, como en clave.
Puede que no terminara la frase.

—Hammet y Chandler —dije yo.

Aquello fue casi una tertulia.

Éstos son los dos médicos que se ocuparon
de Joaquín Maritorea.

EL clarinetista vino a la Clínica procedente del hospital público Virgen del Camino. Tenía un hepatocarcinoma. Años atrás, le había sido diagnosticada una hepatitis B. El tratamiento de las microesferas fue efectivo. Finalmente, se abocó a la posibilidad del trasplante como única alternativa de curación.

Joaquín se queda profundamente callado cuando el doctor Sangro le habla de la posibilidad del trasplante de hígado de un donante vivo. Necesita, antes de nada, su aprobación. El clarinetista no deja traslucir ninguna emoción. El doctor le dice que se lo piense, le da un plazo, unos días.

El paciente habla con sus hijas, que le animan a seguir luchando. Con su grupo de amigos católicos. También le animan. Confía en los médicos y en los consejos de sus hijas y sus amigos. Joaquín Maritorea tiene fe interior. Como luego declarará, cuenta con el apoyo de su mujer y de Dios.

—Que lo he pensado y que sí— le dice sucintamente al doctor Sangro al cabo de los días.

Me suena muy navarro, muy de Pamplona. Conozco a más de una persona que podrían decir algo similar en circunstancias parecidas. Sin nombrar el asunto del que se trata. Que sí. Nada más.

Pero resulta que las primeras posibles donantes, las hijas, no son compatibles para la donación. Una está embarazada, la otra, simplemente, no pertenece al mismo grupo sanguíneo. Entonces se ofrece Clara, la sobrina, mi compañera de clase. De forma completamente natural. Se ofrece y ya está, sin darle vueltas. Le advierten que se trata de una operación de ries-

go —durará siete horas—, y está la posibilidad de no salir adelante —un 0,3%—. Clara no expresa la menor duda. Está dispuesta a someterse a la operación y no hay más que hablar.

Fernando Pardo y Fernando Rotellar son los cirujanos que llevan a cabo las operaciones. Pardo es gallego —de Lugo—, tiene algo más de cincuenta años. Su mujer es supervisora de enfermería en el hospital Virgen del Camino. Tienen tres hijos, una chica y dos chicos. Veinteañeros y adolescentes. La mayor ya es médico, los otros dos van camino de serlo. El padre de Pardo es médico, no cirujano. Pardo dice: “Me gusta hacer cosas”. Cuando pronuncia el verbo ‘hacer’ mueve las manos, los dedos. Es un hombre que transmite solidez, serenidad, convicción. Buen conversador. Rotellar es de Oviedo. Quince años, por lo menos, más joven que Pardo, su maestro. Está casado con una doctora especialista en Medicina Nuclear que también trabaja en la Clínica. Tienen dos hijas pequeñas. Rotellar tiene una mirada afilada, un poco inquieta. Es delgado, sube un poco los

hombros para acompañar sus palabras. Hay algo en estos hombres que los hace perfectamente complementarios. Es curioso verlos hablar, uno empieza una frase y casi la termina el otro. Hay un entendimiento extraordinario entre ellos.

No me extraña demasiado saber que Pardo y Rotellar tienen la extraña costumbre de recitar poemas a dos voces mientras operan. Poemas de Garcilaso, romances, de Gabriel Celaya...

Dice Pardo:

*“Corrientes aguas puras, cristalinas;
aguas que os estáis mirando en ellas...”*

Sigue Rotellar:

*“verde prado de sombra verde lleno,
aves que aquí sembráis vuestras
querellas”*

O empieza Rotellar:

*“Todas, con el cabello desparcido,
lloraban una ninfa delicada”*

Y sigue Pardo:

*“cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada”*

Operan, recitan. En ese lugar que tiene un aire casi sagrado, donde se está realizando una operación sumamente delicada, donde se lleva la cuenta de cada gasa que se emplea, donde nada se tira al suelo y todo parece milimetrado al máximo, los cirujanos, con los instrumentos en la mano, las mascarillas y los guantes puestos, rodeados de los estudiantes que observan la operación, de los médicos y de las enfermeras que les ayudan, junto a los anestésistas que están pendientes del estado del paciente, recitan los versos del romance:

*“A cazar iba don Pedro
por esos montes arriba,
caminara siete leguas
sin encontrar cosa viva,
si no fuera cuervos negros*

*que los perros no querían.
apeóse a descansar
al pie de una seca encina;
caía la nieve a copos
y el agua menuda y fría”*

Las voces, entreveradas, de Pardo y de Rotellar, traen al quirófano el paisaje de la meseta castellana. En el azul impoluto del quirófano, el amarillo de la tierra. Viejos siglos cayendo como copos de nieve. En esta noche fría, tan invernal, del 20 de diciembre, en Pamplona.

Lo primero que ve Joaquín Maritorena al abrir los ojos es al doctor Sangro.

—Joaquín, ¡cómo estabas antes y cómo estás ahora! —dice el doctor.

—Gracias —dice Joaquín.

Desde este momento, ésta es la palabra que sus labios pronuncian con más frecuencia. Ha rezado mucho. Su familia y sus amigos han rezado también por él. Una amiga de la parroquia de San Saturnino puso una fotografía de Joaquín bajo el pedestal de la Virgen del Camino. Por él y por la sobrina. Por el éxito de la operación. Durante el largo proceso preparatorio de la operación, Joaquín nunca ha expresado la menor duda. Si las ha tenido, se las ha guardado para sí. Pero quizá sea así: en cuanto tomó la decisión de aceptar el trasplante, se puso en manos de los médicos, de un destino que ya no dependía de él.

—Y la sobrina, ¿qué tal? —pregunta en seguida Joaquín.

—Bien, muy bien— dice el doctor Sangro.

“Y ya me quedé tranquilo”, dirá Joaquín más tarde al recordar aquel momento.

Blanca Larrea y las otras enfermeras, Beatriz Osés y Amaya Redín, contribuyen a que la tranquilidad de Joaquín vaya en aumento. Las tres están siempre pendientes de él.

Clara es dada de alta la víspera de Navidad. Joaquín Maritorea, el 30 de diciembre.

FALTA un día para que acabe este año de 2006. Las navidades están pasando muy deprisa. Aún no sé qué voy a hacer mañana. Mi madre quiere que vaya a cenar con ellos. Probablemente, eso es lo que haré, aunque luego saldré a la calle, iré a alguna fiesta.

Es la hora de la llamada telefónica de mi madre.

—¿Has leído la entrevista que le han hecho a Joaquín Maritorea? —me pregunta.

Quién sabe por qué, hoy no he leído el periódico.

—Te la guardo— dice—. Mañana la lees.

Leo la entrevista el último día del año, bajo la mirada complacida de mi madre. Todo de lo que se habla en la entrevista es parte de sus recuerdos, de sus mitos, de la música que tanto le gusta. Mi madre se siente tan ligada a Pamplona que los pequeños sucesos de la vida de la ciudad son parte de su vida. El clarinetista de La Pamplonesa es parte de su vida.

Evidentemente, el que yo trabaje en la Clínica donde ha tenido lugar la operación —y que haya sido, además, compañera de instituto de la sobrina—, le hace sentir que esta historia es muy nuestra, que —casi, casi— hemos sido nosotros —no sé quién en qué papel— quienes la hemos protagonizado. Todo le impresiona, la generosidad de la sobrina, los adelantos médicos, la pulcritud de la Clínica. Dice mi madre:

— En medio de todo Joaquín Maritorena ha tenido suerte.—“En medio de todo”: una expresión muy de mi madre—.

Siempre ha estado muy bien atendido. La Seguridad Social ha cubierto todos los gastos. Los médicos de la Clínica no le han podido tratar mejor. Naturalmente, el clarinetista se lo merece. Tiene un carácter tan... Mi madre no encuentra la palabra capaz de definir al clarinetista. Lo conoce de vista, lo ha visto innumerables veces, en todos los sanfermines. Y ahora lo conoce muchísimo más. Tan afable, dice al fin mi madre. Pero sigue buscando adjetivos, no se da por satisfecha.

—Si no fuera músico, podría ser un monje, tiene pinta de cartujo. Sin embargo, su pasión es la música— concluye, como pensativa.

En casa, por las noches, he vuelto a ojear los libros de Borges, de vez en cuando leo algo de poesía —Garcilaso, tan amado por los cirujanos—, pero al final me enfrasco, como tantas veces en mi vida, en la lectura de una novela policiaca. Me siento sumamente identificada con el detective. Entra y sale de las casas ajenas en busca de pistas, reflexiona a solas en su despacho, ¡los seres humanos son tan complejos!

De pronto, me viene a la cabeza ese pequeño detalle de las postales que colecciona Clara, y pienso en ella y en Joaquín Maritorea, en todos los misterios, los heroísmos, los sueños que flotan por todas partes y que a veces nos rozan con sus alas y a veces se nos filtran en la piel, se nos adentran, aún misteriosos, siempre misteriosos. Así somos. Y puede que por fortuna, sí.

Historia clínica

Joaquín Maritorea fue diagnosticado de una hepatitis crónica por virus B en 1991. La enfermedad evolucionó a una cirrosis hepática. En una de las revisiones periódicas, realizada en octubre de 2005, se detectó una lesión en el hígado, que fue biopsiada y diagnosticada de hepatocarcinoma. Fue remitido a la Clínica Universitaria de Navarra donde se descartó el tratamiento quirúrgico del tumor y el trasplante hepático por el gran tamaño de la lesión tumoral (14 centímetros). El 16 de febrero de 2006 se hizo una radioembolización con esferas de Ytrio 90, que redujo el tumor hasta 6 centímetros en agosto. Debido a estos buenos resultados se consideró la posibilidad del trasplante de donante vivo. El trasplante de cadáver no era factible porque la lesión seguía estando por encima de los criterios estándar.

Las pruebas para el trasplante entre vivos se realizaron en noviembre de 2006 y muestra-

ron la incompatibilidad de sus dos hijas. La donante fue una sobrina. El informe médico de la evaluación fue revisado por la Comisión de Ética y Deontología de la Clínica y el proceso de donación y trasplante, autorizado por el juez encargado del Registro Civil.

La operación se realizó el 20 de diciembre de 2006. La donante fue dada de alta el 25 de diciembre y Joaquín Maritorena, el 30.

Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica de la Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

Colección Historias de la Clínica

Títulos publicados

- | | |
|---------------------------------|------|
| 1. La pierna de Peter Parker | 2007 |
| Juan Manuel de Prada | |
| 2. El clarinetista agradecido | 2008 |
| Soledad Puértolas | |
| 3. Noticias de la nieve | 2009 |
| Gustavo Martín Garzo | |
| 4. La batalla de todos los días | 2010 |
| José María Merino | |
| 5. Canto a la vida | 2011 |
| Mercedes Salisachs | |
| 6. Todo suena | 2012 |
| Lorenzo Silva | |



Clínica
Universidad
de Navarra

www.cun.es

historiasdelacun.es